

Segun se lo mandó cruel azote,  
El machete tomó la mano perra:  
Daba los golpes como con garrote,  
Que debía de estar ya hecho sierra:  
Degollados al fin por el cocote,  
Cabezas van rodando por la tierra:  
Ocupaba los presos gran espanto,  
Creyendo de pasar por otro tanto.

Al Uten encaminan su flagelo  
Los mandos de razon enajenados,  
Que estaba las rodillas en el suelo,  
Ya sus colores rojos demudados,  
Los ojos enclavados en el cielo  
Demandando perdon de sus pecados,  
Rezando con grandísima paciencia  
Los siete salmos de la penitencia.

Para cumplir el mando riguroso  
Allega luego la mortal herida,  
Y fué con un tormento trabajoso  
Cabeza de los hombros dividida.  
Quedó Caravajal victorioso  
En haber hecho menos tanta vida;  
Y así, porque también anochece,  
Cesó la crueldad por aquel día.

Medida so las ondas de oceano  
La lumbre de mas clara hermosura,  
Fuése para cenar el mal tirano,  
Contento de su pérdida locura:  
Quedáronse los cuerpos en el llano,  
Que nunca quiso dalles sepultura,  
Ni hubo, por no dalle descontento,  
Quien usase de tal comedimiento.

Después que pareció febea vela,  
Fueron á la tiránica presencia  
El padre Joan de Fructos de Tudela  
Y Artiaga con toda su dolencia,  
A fin de le rogar que se conduela,  
Y tuviese por bien de dar licencia  
Para que por los campos y desiertos  
Pudiesen enterrar aquellos muertos.

Oido de los dos el justo ruego  
Que por enfermos iban sin cadena,  
Con un cierto desdén se la dió luego  
E hinchazon de majestades llena;  
Y hecho de los cuerpos el entrego,  
También los entregaron al arena,  
Dejando cuatro versos allí puestos,  
Que si memoria tengo fueron estos:

Ille Philipus Uten tumulo nunc conditur isto  
Et miserum Belzar continet ipse locus.  
Dux erat insignis nec non Germanus uterque  
Infestaque simul procubuerunt manu.

Filipe de Uten difunto      Ambos fueron alemanes  
Queda en esta tierra dura,      Y excelentes capitanes,  
Y con igual desventura      Los cuales en una hora  
Bartolomé Berzar junto      Vieron por mano traidora  
Y en la misma sepultura.      Sus mortíferos desmanes.

Conclusa ya la obra de clemencia  
Entre mirtos, segun á Polidoro,  
Y hecha la posible resistencia  
A piadosas lágrimas y lloro,  
Los enfermos pidiéronle licencia  
Para que se pudiesen ir á Coro:  
El se la dió sin se mostrar esquivo,  
Entendiendo ninguno llegar vivo.

Por haber de pasar guerreros puertos  
Y la brava nacion de Giraharas,  
Los unos cojos y los otros tuertos,  
Con tan malas colores en las caras,  
Que ya no parecían sino muertos:  
Y aun por armas llevaban en las varas  
Engastadas tijeras y puñales;  
Para se defender de naturales.

Con no podello ver mas que al demonio,  
De Caravajal hacen despedida,  
El cual con muertes, como Marco Antonio  
Con la de Tulio, piensa tener vida:  
Artiaga le pide testimonio  
De toda la tragedia sucedida;  
Mandólo luego dar, segun pedia,  
Para mas publicar su valentía.

Alejáronse pues destos arroyos  
Con Artiaga doce compañeros,  
No de los que llamamos rompe-poyos,  
Pues fué Joan de Quincoces y un Erveros,  
Barrientos, Pero Alonso de los Hoyos,  
Chyo valor no fué de los postreños:  
Tuvieron en el ir tan buenos modos,  
Que llegaron á Coro vivos todos.

Habia de Castilla ya llegado  
A gobernar persona virtuosa,  
Varon prudente, bien intencionado,  
Enemigo de gente sediciosa,  
Y este gobernador y licenciado  
Se decia Joan Perez de Tolosa;  
Pasó por la Española cuando vino,  
Do halló guia para su camino.

Con él se vino Diego de Losada,  
Que por Caravajal fué desterrado;  
Quizá la causa fué bien sustanciada,  
Mas aunque no constase ser culpado,  
Bastaba ser persona señalada  
Y ser allí de todos respetado  
Para no consentir furor insano  
Personas que le fuesen á la mano.

Habiendo hecho ya su cumplimiento  
Con el gobernador aquesta gente,  
Diéronle cuenta del atrevimiento  
Quel testimonio hizo mas patente:  
El y Frias mostraron sentimiento  
En oír un rigor tan insolente,  
Y al Joan Perez el Frias encomienda  
Que con rigor usase del enmienda.

Partióse pues el licenciado Frias  
A la Española, donde residia;  
Quedó Tolosa con las compañías  
Debajo del gobierno que traia;  
Aprestóse después de algunos dias  
A castigar aquella alevosia  
Su hermano Alonso Perez de Tolosa,  
General desta gente helicosa.

Juntó luego la mas cualificada  
De los varones del consorcio viejo,  
Y en la dispuscion de la jornada,  
Habido cuerdamente su consejo,  
El maese de campo fué Losada,  
Capitán de la guardia fué Vallejo,  
Joan Roldán, capitán de infantería  
Por la gran esperiencia que tenia.

Aderezada pues la compañía  
De comunes pertrechos de Vulcano,  
La vuelta del Tucuyo hace via  
Con recato y aviso no liviano,  
Por ser mucha la gente que tenia  
Caravajal debajo de su mano:  
Topó ciertos soldados de buen peso  
Que al factor San Martin traian preso.

Esta gente se hizo luego llana,  
Y de lo que pasaba fué testigo;  
Y porque conoció ser gente sana  
Tolosa los llevó todos consigo;  
Los cuales no mostraron mala gana,  
Teniendo por comun el enemigo,  
Pues hace muchas veces, que no una,  
De amigos enemigos la fortuna.

Prochran de hacer el paso presto  
Con toda la posible vigilancia,  
Hasta que se pusieron en un puesto,  
Una legua seria de distancia;  
Por cubierta tomaron un recuesto  
Y el arboleda de su circunstancia;  
Allí gran rato descansó la gente  
Para salir á hora competente.

Antes de se pasar nocturno velo,  
Pareciéndoles ya ser algo tarde,  
Con el guion delante por señuelo,  
Camina por buen orden el alarde:  
Caravajal vivia con recelo,  
Que su conciencia dice que se guarde;  
Y así hace velar los qué alcanza  
Ser hombres de valor y confianza.

Como mas el guion se fué llegando,  
Uno de los que velan pudo vello,  
Y estaba por aquel cuartel velando  
Un cierto portugués dicho Coello:  
Y así como lo vió vuelve bradando  
«¡Arma, arma, que vein pendón bermello!»  
Entra luego diciendo la compañía,  
«¡Gobernador, gobernador de España!»

El pueblo todo fué sobresaltado;  
Toda la gente dél está suspensa;  
Rancho del malhechor es rodeado  
Sin acudir favor á su defensa:  
Piensa ser socorrido y ayudado,  
Pero no le sucede como piensa;  
Al fin en pago de sus sinrazones  
Le pusieron gravísimas prisiones.

Fulminóse por orden el proceso,  
Del cual, después de ser bien sustanciado,  
Resulta tal maldad y tal esceso,  
Que mereció por él ser arrastrado  
A cola de un rocín, y después deso  
A la rama de un árbol ahorcado;  
Y el árbol do hicieron el entrego  
Algunos dicen que se secó luego.

En las astucias fué como Cetego,  
En la locuacidad la ninfa Lara,  
En el morir me dicen no ser ciego,  
Y el animosidad también fué rara;  
En su generacion era gallego,  
Vecino natural de Ponferrara;  
Diceme mucha gente conocida  
Que fué mejor su muerte que su vida.

Fueron los cómplices encarcelados,  
Segun el grave caso requeria,  
Llenos de los temores y cuidados  
Que su propia conciencia les ponía;  
Mas todos ellos fueron sentenciados  
Con harta mas blandura que cumplía,  
Sin padecer quien mas metió las manos,  
E yo los vi después libres y sanos.

Después que ya Caravajal fué muerto,  
Reformóse mejor aquel asiento,  
Pusiéronse las cosas en concierto  
Y nombróse justicia y regimiento;  
Dióse de lo que estaba descubierta  
Al nuevo morador repartimiento;  
Finalmente, Tolosa con buen pecho  
A cada cual guardaba su derecho.

Luego puso por obra que su hermano  
Sacase buena copia de varones  
Para poblar lugar que mas á mano  
Hallase con algunas poblaciones,  
Para que de la lumbre del cristiano  
Gozasen estas bárbaras naciones;  
Luego se despachó, y en la jornada  
El maese de campo fué Losada.

Hombres bastantes son para la guerra  
Y bien ejercitados en batalla;  
Gastaron muchos dias por la sierra,  
Mas cosa que contente no se halla;  
Y puesto que hallaran buena tierra,  
Supieran despoblar, mas no poblalla,  
Pues eran tan tentados deste vicio,  
Que siempre lo tuvieron por oficio.

Balaceando pues qué se haria,  
La gente principal quedó resuelta  
En que por no hallar lo que queria  
Al pueblo del Tucuyo den la vuelta:  
Por el rio de Apure hacen via,  
Rompiendo la montaña gente suelta,  
Supo cómo volvia ya la proa  
Cierta cacique dicho Guaiabacoa.

Aquiste con entrañas de clemencia  
Su gran necesidad bien entendida,  
Usó de tan cabal magnificencia,  
Que no fué menos bien que dalles vida;  
Pues envió con grande diligencia  
Tres canoas cargadas de comida,  
Y donde se metiesen los cristianos  
Cojos de piés y flacos de las manos.

Prometiéndolo hacer en ellos cura,  
Tal cual á su salud mas convenia,  
Y que la gente sana bien segura  
A su pueblo viniesen otro día,  
Pues para los sacar del espesura  
Allí les enviaba buena guia:  
Todos los fatigados del viaje  
Juzgaron ser del cielo tal mensaje.

En cumplimiento pues del pio ruego  
Meten en las canoas los tullidos,  
Y los sanos por tierra parten luego  
Al pueblo, donde fueron recibidos  
Con gracia, paz, amor y con sosiego,  
Y muy bastantemente proveidos;  
Mas por la buena obra recibida  
Quisieronlos robar á la partida.

Y aun captivar la gente mas granada,  
Maldad sobre maldad exorbitante;  
Pero do estaba Diego de Losada  
No me espanto de cosa semejante:  
Por otra gente bien considerada,  
La burla no llegó tan adelante;  
Finalmente, volvieron al Tucuyo  
Sin ajeno caudal y sin el suyo.

Al tiempo que vinieron ya corria  
Por los cuarenta y ocho de la era  
El sacrosanto parto de Maria;  
Y andando, como dicho tengo, fuera  
Al licenciado como pretendia  
Le vino potestad muy mas entera:  
A traer los despachos se despacha  
Vallejo para el rio de la Hacha.

Por ser una persona virtuosa,  
Dotada de grandísima templanza,  
Y de la cual Joan Perez de Tolosa  
Con gran razon hacia confianza;  
Fué navegando costa peligrosa  
Y vino sin hacer mucha tardanza,  
Y demás desto fué tan buen correo,  
Que trajo mas que pide su deseo.

Pues demás de le dar tiempo mas largo  
Cerca de gobernar á Venezuela,  
También le vino comision y cargo  
Para bajar al Cabo de la Vela,  
Y al pescador de perlas ser embargo  
Debajo de católica tutela,  
Porque la majestad real queria  
Quitar los indios desta granjería.

El mando visto del real consejo  
Y con gran voluntad obedecido,  
Con esperiencia ya de varon viejo  
Y en la gobernacion mas advertido,  
Su maese de campo fué Vallejo,  
Hombre de buenas partes proveido,  
Al cual por el rumor de tierras ricas  
Se le dió la conquista de Cúicas.

A Villegas nombró por su teniente,  
Primero que á las perlas se partiese,  
En tierras del Tucuyo solamente,  
Y Tolosa su hermano, si viniese,  
Fuese por él en Coro residente,  
Donde lo de la costa proveyese;  
Y en orden puesto lo de Venezuela,  
Partióse para el Cabo de la Vela.

Recibiólo la gente muy contenta,  
Obedeciendo cédulas reales,  
E ya cerca del año de cincuenta,  
Tomando cuentas á los oficiales,  
El se partió también para dar cuenta  
Delante los divinos tribunales:  
Murió como vivió cristianamente,  
Y vió yo que me hallé presente.

Del audiencia por su fallecimiento  
Vinieron provisiones despachadas,  
Mandando que no hagan mudamiento  
De las justicias qué dejó nombradas;  
Y porque fueron cosas de momento  
Las que después hicieron en entradas,  
Quiero tomar un poco de sosiego,  
Que yo, mediante Dios, las diré luego.



## CANTO TERCERO.

Donde se trata del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cüicas, los grandes recuentos que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó.

Muy grandes hechos han acontecido  
En las jornadas hechas desde Coro,  
Indignas de cubrirse con olvido,  
Antes muy dignas del febeo coro;  
Mas estos, por faltalles el ruido,  
Estruendo y estampida que da el oro,  
Hanse quedado todos encubiertos  
En los mismos sepulcros de los muertos.

Y si de Indias tracta coronista,  
Donde le dan olores de pobreza  
Pasa de largo sin volver la vista,  
Y para donde halla mas riqueza:  
Allí le da tal gusto la conquista,  
Que tiene tractar otras por baja,  
Como quiera, lector, que en hechos buenos  
Las otras fueron mas antes que menos.

Ya que las ricas tengan gran altura,  
Las pobres no se queden por los llanos,  
Que también merecieron escritura  
Las fuerzas y el valor de fuertes manos;  
Pues aunque les faltó rica ventura,  
No les faltaron hechos soberanos;  
Y si ricos defienden sus alhajas,  
Los pobres no se duermen en las pajas.

Antes conozco de los naturales  
Con quien tractamos en indiana tierra,  
Que cuanto son mas ricos sus caudales  
Tanto son menos dados á la guerra:  
Los pobres son guerreros principales  
De quien todo regalo se destierra,  
Y juzgan ser su bienaventuranza  
La venenosa flecha, dardo, lanza.

Nunca preciaron oro fuertes scitas,  
Mas no por eso fué flaco su tiro,  
Antes venciendo gentes infinitas  
Siempre quedaron libres de suspiro:  
Grandes victorias suyas hay escritas,  
Sin escapárseles Dario ni Ciro;  
Así que, no deshace la pobreza  
Al buen brio que dió naturaleza.

Tales son ciertamente los cüicas  
Donde entra Diego Ruiz de Vallejo,  
A la fama y olor de tierras ricas,  
Con ánimo mas grande que aparejo;  
Mas la riqueza fué flechas y picas,  
En que se suelen ver como en espejo;  
Sus soldados serian hasta treinta,  
Pero personas todas de gran cuenta.

Porque por otras gentes y naciones  
Andaban españoles repartidos,  
Y en estas coyunturas y sazones  
No pudieran ser mas apercebidos:  
Son veinte de caballo, diez peones,  
Entre los valerosos escogidos,  
Y tales que en valor y en esperiencia  
Se conocia poca diferencia,

Pues que podian bien probar la mano  
En el mayor rigor y donde quiera:  
Van Luis de Narvaez y Antillano,  
No por parte menor de la bandera,  
Barrios, Diego de Ortega, Trujillano,  
Peralvarez y Vasco de Mosquera;  
Va Joan de Salamanca, va Miranda,  
Fernando de Madrid, no lanza blanda.

Sus claros resplandores estendia  
Apolo ya por el octavo sino,  
Cuando la valerosa compañía  
En concierto se puso y en camino:  
Apercebidos van de buena guia  
Los soldados del campo peregrino,  
Y con la pretension de sus provechos  
Al valle de Carache van derechos.

Donde todos sus llanos y collados  
Ocupaba crecida muchedumbre;  
Los indios se mostraron alterados,  
Viendo lo que no tienen de costumbre:  
Vienen para romper determinados,  
Representando grande pesadumbre,  
Porque les pareció ser insolencia  
Osar llegar allí sin su licencia.

Vallejo, con las lenguas que llevaba,  
Antes que la contienda comenzasen,  
Con amorosa paz los convidaba,  
Rogando siempre que se reportasen;  
Pero por mucho que los ablandaba  
Fué poca parte para que dejasen  
De mostrar claramente por los hechos  
La furia que traian en los pechos,

Remitiendo las paces á las manos,  
Armadas de durisimos arpones;  
Y así los caballeros castellanos  
Rompen por los espesos escuadrones:  
Van traspasando hierros inhumanos  
Humanos y mortales corazones,  
Aquellos van picando y estos huellan,  
Unos encuentran y otros atropellan.

Vuélvese acá y allá la dura rienda,  
No sin grave dolor y duro llanto;  
Enciéndese mortífera contienda;  
La grita y el ruido suena tanto,  
Que no hablan palabra que se entienda;  
Nació del alboroto gran espanto,  
Pues al indio difícil se hacia  
Lo que por cosa fácil presumia.

Juzgando luego por el apariencia  
Ser los pocos de muy poco momento;  
Pero vista la grande resistencia  
Y en daño suyo caso tan sangriento,  
Determinaron de hacer ausencia  
Para volver con otro fundamento:  
Dos caballos hirió contraria mano,  
Mas el restante todo quedó sano.

Como varones diestros en la guerra  
Todos ellos se dieron buenas mañas;  
Mas Diego de Vallejo desencierra  
De su brazo grandisimas hazañas,  
Por atemorizar toda la tierra  
Do pensaba plantar nuevas cabañas;  
Y así todas las gentes del terreno  
Tuvieron por entonces algun freno.

La rota de Carache y el estruendo  
Va con la muchedumbre de pregones  
Por Boconó y Aborrenzais corriendo,  
Valles de generosas poblaciones;  
Los nuestros ansimismo van siguiendo  
El fin de sus primeras intenciones,  
Por reducir á paz la gente armada,  
Y así con Boconó fué celebrada.

La cual á nuestras gentes peregrinas  
Hizo guardar Vallejo muy de veras;  
Allí les presentaron mantellinas  
O mantas de algodón algo groseras,  
Y allí también se descubrieron minas  
De lo de Venezuela las primeras;  
Mas oro no les dieron en presente,  
Por no caber en uso desta gente.

Mas traian noticia desde Coro,  
Aunque eran muchas leguas de distancia,  
Que *cay* allí queria decir oro,  
Y que dello tienen abundancia;  
Pero los indios tenian por tesoro  
Otra cosa de menos importancia,  
A que llamaban *cay*, y es el guitero,  
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Conchas ó huesos son como las pãrtas;  
Y así cuando Vallejo les pedia  
El *cay*, que pocas gentes hace hartas,  
El indio con quien habla le traia  
De cuentas de guitero grandes sartas,  
Por la mas alta cosa que tenia;  
Alguno tan menudo, que se mira  
Como la minutisima chaquirã.

Esta muestra les dió poco contento,  
Segun la gran noticia que traian;  
Mas ocurrioles á su pensamiento  
Riquisima noticia que tenian  
De un universal ofrecimiento,  
Donde diversas gentes acudian,  
Y pareciales ser necesario  
El descubrir aqueste santuario.

Icaque se decia, y era diosa  
Que de bulto tenian retractada  
En casa de tres naves espaciosa,  
De grandes y menores frecuentada;  
Haciasele fiesta generosa  
(A tiempos y por dias) señalada,  
Donde sacrificaban gentes vivas,  
O de sus naturales ó captivas.

El sacerdote destes ministerios  
Entonces era Toy, gran hechicero,  
El cual interpretaba los misterios  
Y sucesos del tiempo venidero,  
Así de honras como vituperios:  
Como mas principal del falso clero  
Aqueste procuraron los cristianos  
Haber por todas vias á las manos.

Para que sus intentos ejecute,  
Procuraron traer á su sentencia  
Un indio principal, dicho Combute,  
Que con Carache tiene competencia;  
Aqueste, sin temor que se le impute  
El tracto destas cosas á demencia,  
De buena voluntad sirvió de guia  
A la ciudad que Escugue se decia.

Las casas de grandeza tan pujante,  
Tantas y por tal orden y concierto,  
Que no se vido cosa semejante  
En cuanto por allí se ha descubierto:  
Los indios les mostraron buen semblante,  
Sin muestra de guerrero desconcierto;  
Y allí tuvo Combute tal cuidado,  
Que luego vino Toy á su llamado.

El Vallejo le dijo: «Caro padre,  
Sabed, pues vos estáis en su servicio,  
Icaque la gran diosa ser mi madre,  
De quien recibo grande beneficio;  
E yo querria, porque mas os cuadre,  
En su templo hacelle sacrificio:  
Por tanto, pues aquí ninguno osa,  
Vos me llevad á ver tan grande diosa.»

El dicho sacerdote, con recelo  
De robos ó quizá de ver que yerra,  
Esclama: «No holleis el santo suelo,  
Mirá que os tragará luego la tierra,  
Sin que quede de vos un solo pelo,  
Y temblarán los llanos y la tierra:  
Dadme lo que queréis dejar por prenda  
Para que haga yo la tal ofrenda.»

«Sacerdote só yo de quien se fie  
Lo que puede tocar á tal cuidado.»  
Mas respondiéronle que no porfie,  
Pues su devanear es escusado;  
Finalmente hicieron que los guie  
Por fuerza harto mas que por su grado;  
La gente que hallaron es inmensa,  
En armas puesta para su defensa.

Y como viesan ya la guaca cierta,  
Sin recelar sucesos venideros,  
Arronjose Vallejo por la puerta  
Y tras él diez ó doce compañeros;  
Los otros estuvieron muy alerta,  
A fin de resistir á los flecheros;  
Los indios estuvieron en espera,  
Creyendo que la tierra los sorbiera.

El esperar aquesto los aplaca;  
Y el maese de campo y sus soldados,  
Después que se metieron por la guaca,  
Hombres humanos ven sacrificados,  
Tantos ídolos, tanta de petaca,  
Que todos se quedaron admirados,  
Pensando la riqueza ser tamaña  
Como la de Piru y de Nueva-España.

Descubren de los ídolos los senos,  
Hechos de hilo, no sin sutileza,  
Donde suelen meter los dones buenos;  
Pero no remediaron su pobreza,  
Porque todos los mas estaban llenos  
De lo que allí tenian por riqueza;  
De manera que fué la fiesta toda  
Guitero, cuentas verdes y baroda.

Las petacas están llenas de huesos,  
Piedras de ijada, medicinal sajo;  
El oro fueron menos de cien pesos,  
Chagualas de guani, que es oro bajo:  
Vistos pues desta guaca los escesos,  
Vallejo con su gente se retrajo,  
Y del rescate dicho que tenia  
Tomaba cada cual lo que queria.

Después de concluidos los rigores  
Del templo do llegó cristiana lanza,  
Revolvieron á ver los moradores  
De Escugue, no sin mala confianza,  
Pero disimulando los temores  
Que nacian de ver tanta pujanza;  
Y así hallaron todas estas gentes  
De su primera vista diferentes.

Bien que caricias hartas sin provecho  
Y aplauso juntamente no faltaba;  
Mas era diferente lo del pecho  
Del ademán que fuera se mostraba,  
Para poder efectuar el hecho  
Que en daño de los nuestros redundaba;  
Pues no porque se callan los dolores  
Se hacen tolerables ni menores.

Antes la pena con silencio muestra  
El modo de vengarse corazones,  
Y suele ser destrisima maestra  
En fraudes, en cautelas y traiciones,  
Y á la mas torpe gente hace diestra  
En el ejecutar sus intenciones;  
Pero de la blandura contrahecha  
Agora se tomó mala sospecha.

Y así también el Diego de Vallejo,  
So color de no selles importuno,  
Sacó su gente del asiento viejo  
A lugar mas abierto y oportuno,  
Porque supiesen que de su consejo  
Tampoco se hallaba muy ayuno:  
Asentó media legua de distancia  
Velándose con toda vigilancia.

Como vió que tercera luz habia  
Pasado sin llegar inconviniente,  
Peralvarez con cierta compañía,  
Que fueron las dos partes desta gente,  
Con orden que volviesen otro dia  
Fué para descubrir aquella frente;  
Y fué faltar en esta coyuntura  
Amenaza de grande desventura.

Pues con el nubló que la vista cierra  
De nocturnos vapores impedida,  
Contra diez se juntó toda la tierra,  
Multitud por allí jamás oida,  
Con todos instrumentos para guerra  
Mas que bastantemente proveida;  
Y con ser el ejército crecido  
Jamás se pudo percibir ruido.

El mismo capitán anda velando,  
Juntamente con él Diego de Ortega,  
Y en aquella sazón y tiempo, cuando  
La multitud de indios se congrega;  
Al Vallejo le estan importunando  
Que pues ya huye la tiniebla ciega  
Quisiese dar por breves intervalos  
A los cansados ojos sus regalos.

El cual, como cansado se sentia  
Y convencido de tan justo ruego,  
Viendo venir también la luz del dia,  
Bajóse por tomar algun sosiego;  
Y así la dicha vela se confia  
Del Ortega que fué rondando luego;  
Y el caballo, segun sus mañas viejas,  
Enhestó muchas veces las orejas.



Adonde las orejas mas inclina  
El caballo con vista vigilante,  
El Ortega sus pasos encamina  
Para ver lo que tiene por delante;  
Y luego claramente determina  
Ser gente del lugar poco distante;  
Aprieta las espuelas de improviso  
Para dar no sin voces el aviso.

El maese de campo y los soldados  
De sueños descuidados muy ajenos,  
En el instante salen bien armados,  
Las lanzas en las manos y los frenos:  
Que los caballos tienen ensillados  
Durante las tinieblas y serenos;  
Y por ser el negocio de repente,  
El Vallejo les dijo brevemente:

«Señores, ya la cosa va rompida:  
Cumplamos con aquello que debemos,  
Porque demás de defender la vida  
En la desproporcion destes estremos,  
Honra de tantos años adquirida  
Nada vale si agora la perdemos;  
Y si aquella traeis á la memoria  
Certísima hareis esta victoria.

» Si veis lo que vencistes con el asta,  
Con enfermedad, hambre, pesadumbre,  
Y lo que tan crüel y baja casta  
Cuando le pican tiene de costumbre,  
No digo yo los diez, mas uno basta  
Para tan increíble muchedumbre,  
Y mas, bendito Dios, estando sanos  
Y los caballos gordos y lozanos.

» Diestros estamos bien en el oficio  
Pues el menor se halla mas entero;  
Ninguno de nosotros es novicio  
Ni suele recelar encuentro fiero:  
Solo quiero decir que en el bullicio  
Cada cual mire por su compañero,  
Y en el cambiar y menear la lanza  
Ninguno tenga loca confianza.

» Vea por el lugar por donde fuere  
Aquello que le puede ser embargo;  
La lanza no repose do hiriere,  
Sino con el picar pasar de largo;  
Y si la mano del gandul asiere,  
Que suele con mortifero letargo,  
Apretalda debajo del sobaco,  
Y pasad sin hacer el curso flaco,

» Porque desta manera se subyeta  
La fuerza mas feroz y mas crecida;  
Cualquiera de nosotros acometa  
Con peso, con razon y con medida,  
Porque por un descuido no se meta  
Donde halle dudosa la salida,  
Pues en negocio de tan gran momento  
Requíerese tener conocimiento.»

No se le dió lugar á mas razones,  
Porque ya los venian rodeando  
Soberbios y feroces escuadrones  
Que cielo y tierra van amenazando:  
Tiemblan los mas quietos corazones,  
Cuanto mas los que estaban esperando,  
Viendo por estos campos y lugares  
Para cada varon cuatro millares.

El clarísimo rostro del aurora  
A los mortales era ya patente,  
Y la febea luz en esta hora  
Manifestaba su dorada frente,  
Cuando con voz y grita mal sonora  
Vieron el gran tumulto de la gente:  
Son tantos para tan breve conquista  
Que no los puede comprender la vista.

No tantas hojas selva montüosa  
Tiende por su compás en el verano,  
No tantas olas mar tempestüosa  
Levanta con la fuerza del solano,  
Cuántos vienen con mano poderosa  
Contra tan breve número cristiano;  
No tantas yerbas hay en las zavanças,  
Cuántas flechas y dardos y macanas.

Ocupaban los llanos y las abras  
De las cumbres por do vienen saltando,  
Como monteses y lascivas cabras  
De riscos asperisimos bajando:  
No se puede pintar bien con palabras  
La gran ferocidad que van mostrando  
El brioso furor, la torba cara,  
El meneo del arco y de la jara.

Cada cual con mil rayas y pinturas  
Pechos, brazos y rostrós adereza,  
Haciéndoles mas fieras las figuras  
Mano de la mujer ó la comleza:  
De plumas largas son las coberturas  
Con que todos adornan la cabeza,  
Que con el movimiento y aire blando  
Van por robustos hombros ondeando.

Carache muestra grandes alborotos,  
Escugue representa su pujanza,  
La gran ferocidad de los timotos  
Amenazando va cristiana lanza:  
A Icaque todos ellos hacen votos  
De no volver sin áspera venganza;  
Ameruza venia diligente,  
Y Boconó llegó por consiguiente.

Aquestos se hallaron mas cercanos,  
Mas todos ellos ya cercanos eran;  
Húndense las alturas y los llanos  
Con voces que declaran «mueran, mueran!»  
Apréstanse las armas y las manos  
De los que vienen y de los que esperan;  
Vuelan agudos dardos, vuelan flechas  
Que contra los cristianos van derechas.

Muchas escuadras hay de picas gruesas,  
Negras como carbon, palo rollizo;  
Las hondas echan piedras tan espesas  
Como nubadas grandes de granizo;  
Y para cumplimiento de promesas,  
Alguna de las muchas daño hizo,  
Pues las que fueron bien encaminadas  
Abollan morriones y celadas.

Las cuerdas de los arcos dan crujidos  
Tantos y con tal furia los escesos,  
Que semejabán á los estallidos  
Cuando se queman montes muy espesos;  
Y á no tener los brazos guarnecidos,  
Les cortarán las carnes y aun los huesos  
Las cuerdas, pero dan en parte hueca  
Con que va reparada la muñeca.

Los diez de la cristifera bandera,  
Insignes y fortisimos atletas,  
Tenian los caballos de manera  
Que por arremeter hacen corvetas;  
Y así sin recelar esta carrera  
Procuran apretar lanzas jinetas;  
Parten para hacer crüel estrago,  
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»

Pensamiento no hay ni semejanza  
De querer escaparse con huida,  
En Dios solo poniendo y en su lanza  
La salud y remedio de su vida;  
Crece la crudelísima matanza;  
No para ni reposa la herida,  
Porque la lanza de menor provecho  
Traspasa muslo, vientre, brazo, pecho.

Gran multitud de sangre va corriendo  
Que despide hervor de tanta vena;  
Este queda mortal, aquel gimiendo,  
Otros dan vuelcos por aquel arena;  
El suelo con las tripas van barriendo  
Otros, cuya fatiga los refrena;  
Embisten todavía los cristianos  
A los que se mostraban mas lozanos.

Vuelan flechas y dardos, vuelan troncos  
Sobre los que les hacen el injuria,  
Y los brazos no son mancos ni broncos,  
Ni de crüeles tiros hay penuria;  
De dar gritos y voces están roncos,  
Aumentase el dolor, crece la furia:  
Por consiguiente nuestros caballeros  
Mucho mas ensangrientan sus aceros.

Con sus caballos bien encubiertos  
De faldas, ancas, pechos y testera,  
Rompen los escuadrones ordenados  
Para desordenalles la hilera;  
Y aunque de todas partes son picados,  
Cubiertas hacen que ninguno muera;  
Y el Diego de Vallejo mas brioso  
Rompió por escuadron mas peligroso.

De los que lo tenían rodeado  
Era tan numerosa la pujanza,  
Que el caballo cayó de muy cansado;  
Terrible piedra le quebró la lanza;  
El caballero suelto y alentado  
Luego se levantó para venganza,  
Y á la crüel espada puso mano  
No con menos valor que de romano.

Dentro lo tiene viva talanquera  
Que lo fatiga sin le dar reposo;  
Mas él muslos y brazos y mollera  
Cercena con su brazo vigoroso;  
Acude luego Vasco de Mosquera  
A librallo del trance riguroso,  
Juntamente con él Diego de Ortega,  
Y Luis de Narvaez luego llega.

Alli cobra gran fuerza la batalla  
Y enciende mas furor el Marte fiero;  
Alli la gente que no viste malla  
Ya no recela puntas del acero;  
Mas á pesar de toda la canalla  
Sacaron el caballo y caballero;  
El caballo huyó por el egido,  
Y él fué luego con otro socorrido.

Los unos toman el caballo vago,  
Otros al escuadron vuelven la frente  
Con voz y con favor de ¡Santiago!  
Admirados los indios grandemente  
De ver la gran matanza y el estrago  
Por tan pequeño número de gente;  
El Vallejo cebando mas la lanza  
Salió de su consejo y ordenanza.

Al tiempo que se daba mayor priesa,  
Procura gran tumulto rodeallo:  
Descarga dardo, flecha, piedra gruesa,  
Con esperanza cierta de matallo;  
Andaba la macana tan espesa  
Que le cayó también aquel caballo;  
El cansado rocin de si desecha  
Aprovechándose de su derecha.

Los golpes da según Aristomenes  
Cuando lacedemones mata y hiende,  
Rodeadas de jáculos las sienes  
De que celada fina lo defiende;  
Mas acudióle luego Joan Jimenez,  
Que sus atrevimientos reprehende,  
Y en el mismo momento le fué dado  
Otro caballo ya mas descansado.

En este tiempo de sucesos varios,  
Cinco varones de la gente blanca  
Tanta priesa les dan á los contrarios,  
Que por aquel cuartel vuelven el anca:  
Eran Madrid y Damian de Barrios,  
Y el valeroso Joan de Salamanca,  
Con Antillano y Pedro de Miranda,  
Ya victoriosos por aquella banda.

Por estotro cuartel no se dormian  
El Vallejo, Narvaez y Mosquera,  
Ortega y Joan Jimenez, que herian  
Con tan grande valor la gente fiera,  
Que de los grandes brios que traian  
Diminuyendo van en gran manera;  
Y cuanto mas van ellos alojando,  
Tanto mas los aprieta nuestro bando.

Quando mostraba ya febea cara  
Ser de su curso la mitad notoria,  
El sanguinoso campo desampara  
La gente que pensaba ganar gloria,  
Y por los españoles se declara  
La miraculosísima victoria:  
Que tal nombre podemos dalle cierto,  
Pues que ninguno dellos quedó muerto.

Siguen á los que buscan sus abrigos  
Ya de temor, sin bélicos pertrechos;  
Prendieron señalados enemigos,  
Resfriada la furia de sus pechos;  
Hiciéronse después ciertos castigos,  
Aunque debieran ya bastar los hechos;  
Y agora por tomar algun sosiego  
Para sus ranchos se volvieron luego.

Traian los caballos mal heridos,  
Con ir todos muy bien encubiertos;  
Quitáronse las armas y vestidos  
Aquellos que se sienten lastimados;  
Halláronse los cuerpos denegridos  
De los terribles golpes y pesados;  
Mas ni con golpe grande ni herida  
Caballo ni español perdió la vida.

Porque demás de ser diestro su Marte  
En cualquiera beligerá presura,  
No deja de tener en esta parte  
El Diego de Vallejo gran ventura;  
Pues fué para quien sigue su estandarte  
Muy pocas veces necesaria cura:  
Es lo presente tan bastante prueba  
Que se puede contar por cosa nueva.

Estando pues los diez mas vigilantes  
Con atalayas fuera del asiento,  
Perálvarez llegó con los restantes,  
De que se recibió grande contento:  
Venian todos ellos ignorantes  
De tan prodigioso rompimiento;  
Porque de la gran fuerza de sus diestras  
Los montones de muertos daban muestras.

Entretuviéronse por algun dia  
En estas populosas vecindades;  
Mas viendo que el Orion les decia  
Venir sus pluviosas tempestades,  
Y la mano del Tauro descubria  
Las hermanas Virgílias ó Pleyades,  
Volverse pareció mas conveniente  
Para tornar alli con mas posible.

Pasadas del invierno las refriegas  
Y vueltos los calores del verano,  
Volvieron el Vallejo y el Villegas  
Con posibilidad de mayor mano:  
Subyectoron las cumbres y las vegas,  
Pero no se pobló pueblo cristiano;  
Mas en los rios y otras partes ciertas  
Dejaron minas de oro descubiertas.

Volviéronse al Tocyto, do creian  
Traelles ya remedio de su pena,  
Pues la necesidad que padecian  
No podia llegar á ser mas llena;  
Pero también de lo que pretendian  
Llegó la compañía muy ajena;  
Y así por ser pesada su querella  
Buscan remedio para salir della.

Para dar orden á lo que refiero,  
Su gran necesidad sirvió de guia,  
Y fué de su remedio lo primero  
Darse todos á buena granjeria,  
Para poder sacar algun dinero  
De cosas que la tierra producía;  
E ya tenian en aquellos años  
De ganados allí buenos rebaños.

Determinaron pues de hacer saca  
A tierras de longísima distancia,  
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,  
Seria de grandísima ganancia,  
Si por los llanos, acia Guayamaca  
Cortando por aquella circunstancia  
Se pudiese hallar algun entrada  
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,  
Con soldados que trajo de buen tino,  
Y no pequeña copia de ganado,  
Procuró descubrir aquel camino;  
Y fué tan venturoso y acertado  
Que con gran brevedad al reino vino:  
Vendieron principal y multiplicos,  
Y á sus moradas se volvieron ricos.



Y aunque les pareció vender barato  
Segun suele quien usa mercancía,  
Algunos perseveran en el trato  
Y enriquecen con esta granjería;  
Y desde entonces se estampó contrato  
De que gozamos todos este día,  
Y dura y durará la compra y venta  
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo  
Que puede dar un territorio bueno,  
A los regaladísimo igualo  
Los bombres que poblaron aquel seno;  
Y el no hacerlo antes fué lo malo:  
Réstame pues decir deste terreno  
Los lugares poblados de presente,  
En un canto final y concluyente.

### CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernación.

Buenos principios de conquista lleva,  
Y así serán los medios principales,  
Si el capitán que halla tierra nueva  
Asienta pueblos con sus oficiales,  
Y no se desbarata ni se ceba  
En solo destruir los naturales;  
Porque sin duda es este remanso  
Camino de riquezas y descanso.

Y así los pueblos en aquel partido,  
Por las contractaciones ser continas,  
Grandemente se han ennoblecido  
Con riquezas y gentes peregrinas;  
Y con los tales tractos han venido  
A sustentar esclavos en sus minas  
De oro, porque no se halla plata,  
Y su principio fué Bubuñata.

El pueblo de la costa de Oceano,  
Y tal el oro de su nacimiento,  
Que por ensaye consta que su grano  
Tiene de los quilates henchimiento:  
Perálvarez, caudillo baquiano,  
Fué fundador primero del asiento,  
Año de tres quinientos y cincuenta,  
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante  
Vió Damián de Barrios los Noaras,  
Y allí muestra de oro tan bastante  
Que convino plantar sagradas aras  
En el río Buria circunstante,  
Que tú, nueva Segovia, desamparas,  
Pues por ser á dolencias subyeto  
Se pasaron á Barraquicimeto.

Donde faltaron las enfermedades  
Porque el asiento dél era mas sano,  
Mas no faltaron las calamidades  
Que ya dejamos dichas del tirano;  
También esclavos destas vecindades  
Antes se levantaron á su mano,  
Haciendo por los pueblos algun daño  
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,  
Gente feroz, bien puesta y arriscada,  
Y en áspera quebrada de la sierra  
Hicieron una fuerte palizada:  
Pusieron en temor toda la tierra  
Por ser la nuestra poca y apartada,  
Y cada cual guardaba sus asientos  
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,  
Puestos en el lugar que les aplico:  
Aqueste fué Miguel, negro valiente,  
Criollo de San Joan de Puerto-Rico;  
Y el rey negro nombró lugar-teniente  
Creyendo ya valerse por su pico;  
Finalmente, solteros y casados  
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,  
Tal cual la suele dar lanza y espada,  
Por se hallar en esta coyuntura  
Gente del nuevo reino de Granada;  
Y llegar á tal tiempo fué ventura,  
Segun iba la cosa mal parada:  
Pero Rodriguez fué de Salamanca  
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varon dino  
De selle la fortuna favorable,  
La cual si se moviese por camino  
A sus merecimientos razonable,  
Ternia tan cansado peregrino  
Un precio de valor inestimable;  
Mas unos hacen honorosos hechos  
En Indias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia  
Habian ido por comprar ganado  
Para poblar el campo y el estancia,  
Del reino que tenían conquistado;  
Pues como fuere hecho de importancia  
Subyectar el esclavo rebelado,  
Determinaron una y otra gente  
De deshacer aquel inconveniente.

Treinta fueron de gente bien cursada  
En desmallar las lorigadas redes,  
En ánimo y valor tan estremada  
Que pueden del vivir hacer mercedes;  
El valeroso Diego de Losada,  
Y allí Diego García de Paredes,  
Valiente y esforzado caballero  
Y de paternas fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino  
Todos iban á pié como romeros;  
Sirvenlos alpargates de rociuo  
A los que son mas diestros caballeros;  
Bajan con el recato que convino  
Por asperísimos despeñaderos;  
Mas antes de podelles ver la frente  
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte  
Conté con gran verdad grandes hazañas,  
Pues en cualquier bandera y estandarte  
Acostumbró hacer cosas estrañas;  
Y agora sin favor de ajeno Marte  
Ansimismo se dió tan buenas mañas,  
Que trajo para guía del cercado  
Un poderoso negro maniatado.

Maravillóse nuestra compañía  
De ver tan á su salvo tan buen hecho,  
Porque segun lo que se pretendia,  
Fué para lo demás de gran provecho:  
El negro preso pues sirvió de guía  
Para llevar camino mas derecho,  
Hasta que ya tomaron la ribera  
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando  
Con lienzos que tenían estendidos,  
Y cantidad de negras que lavando  
Estaban sus camisas y vestidos;  
Por algunos que están atalayando  
No pudieron dejar de ser sentidos,  
Y así dicen los que la vela tienen:  
«¡Arma, arma, que los barbudos vienen!»

Aquesta grita y alboroto dura  
Sin momento dejar intermitente;  
Tragos son de dolor y de amargura  
Viéndose salteados de repente:  
El español feroz luego procura  
De rodear el golpe de la gente,  
Porque negros que andaban divertidos  
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada  
Tenian bien compuesta su manida:  
Por la parte de tierra palizada  
Para se defender fortalecida;  
Por el arroyo va peña tajada  
Que por ninguna parte da subida,  
Y el cercado tenían con dos puertas,  
Mas entrambas á dos están abiertas.

Sosa y Diego García van delante,  
Ocupando primero la primera;  
Pasó Pedro Rodriguez mas avante  
Tomando la que cae mas afuera;  
Luego la demás gente litigante  
Acude donde mas menester era,  
Todos de sus escudos bien cubiertos  
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros  
Estaban por de dentro y allí junto,  
Vieron al rey Miguel de los primeros,  
Miguel que de leon es un trasto:  
Requeríanle nuestros caballeros  
Después que ya llegaron á tal punto:  
«Date, date, Miguel, de buena suerte,  
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! oh! qué! les respondia:  
Es pensar eso necedad notoria;  
Antes os digo ser aqueste día  
Un dichoso principio de mi gloria.  
Use de semejante cobardía  
Quien no tiene por cierta la victoria:  
Yo no, yo no, que tengo buenas manos  
Para derramar sangre de cristianos.»

«Aquesas cotas y celadas finas  
Desbarán almocafres, que provechos  
Acostumbraban dar labrando minas:  
Mas ya quieren labrar humanos pechos  
Y romper las entrañas intestinas  
Enastados, agudos y derechos.»  
Luego con uno dellos hizo tiro  
Con fortaleza de sabino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte  
Que tiro de sulfúrea candelá,  
Pues que le traspasó de parte á parte  
Al buen Pero Rodriguez la rodela;  
Reparan al entrar del baluarte,  
Y cada cual del golpe se recela,  
Porque luego con increíble ira  
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado  
Entró la dura punta del cuchillo,  
No menos en el palo soterrado  
Que si fuera con golpes de martillo,  
Tanto que brazo muy aventajado  
Fué poca parte para desastillo;  
Ordénanse los otros en su plaza,  
Y cada uno dellos desembraza.

Comiézase la belicosa fiesta  
Que no piensa de sangre ser avara;  
Arma Diego de Escorecha la ballesta  
Que por blanco tomaba negra cara;  
En la cureña rasa tiene puesta  
Con acerado hierro diestra jara:  
Apunta como diestro ballestero  
Para hacer su tiro mas certero.

Aunque tiene delante mucha gente,  
Procura desarmar en el caudillo:  
La puntería fué tan escelente  
Que no le lastimó por el tobillo,  
Antes fué tal el golpe de la frente  
Que traspasó también el colodrillo:  
La vista de Miguel quedó perdida,  
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la malilla deste juego,  
Se jugaron después muy pocas manos,  
Porque por las dos puertas entran luego  
Con gran brío y valor nuestros hispanos:  
Muchos negros de sí hacen entrego,  
Otros mueren allí como romanos;  
Finalmente, gozaron del trofeo  
Los nuestros, y partieron el rancheo.

Regocijados de tan buen efeto  
Con los negros que vivos recogieron  
Se volvieron á Barraquicimeto  
Y á su nueva Segovia, do salieron;  
Cuyos vecinos libres del aprieto  
Con gran solemnidad los recibieron,  
Teniendo por negocio del momento  
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,  
Vino de buenas intenciones lleno  
Por su gobernador Alonso Arias  
De Villasinda, licenciado bueno.  
Las cosas de su tiempo son sumarias,  
Por ser de novedades muy ajeno:  
Murió, segun la cuenta verdadera,  
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos ancianos  
En el Tocuyo, ciudad primera,  
El noble Joan Martín de Castellanos,  
Y el generoso Vasco de Mosquera:  
Estos por no tener ociosas manos  
Determinaron que saliese fuera  
A poblar los Guicas compañía,  
Y por su capitán Diego García.

El cual luego tomó gente de guerra,  
Cuyo valor allí no fué sencillo;  
Recibiólo de paz toda la tierra,  
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:  
Sustentaban la paz llanos y sierra  
Obedeciendo todos al caudillo;  
Pero después por malos tractamientos  
Mudaron estos indios los intentos.

Tornáronse soberbios y lozanos,  
Sin tener reverencia ni respeto;  
Finalmente vinieron á las manos,  
Y desto se siguió tan mal efeto,  
Que consumieron diez y seis cristianos  
Y ponen los demás en gran aprieto,  
Los cuales viendo tal inconveniente  
Euvian al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba  
Con despachos y cartas de creencia,  
Gutierre de la Peña gobernaba  
Por provision de la real audiencia,  
El cual, segun las fuerzas alcanzaba,  
Apercibió con suma diligencia  
A cierta gente bien aderezada,  
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,  
Cuya ferocidad andaba suelta,  
Pero mirando bien que la restante  
En no dar subyección está resuelta,  
Para traer ejército bastante  
Determinaron todos dar la vuelta,  
Pareciéndoles ser intentos locos  
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña  
A Francisco Ruiz, el cual porfia  
En subyectar la gente zahareña,  
Aunque con brevecilla compañía:  
En Escugue reforma su reseña,  
Y el pueblo que pobló Diego García  
Con nombre que le dió siendo caudillo,  
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Ruiz desta manera  
Sin deslizarse del primer estado,  
Después de tres quinientos de la era  
El de cincuenta y nueve comenzado,  
Vino gobernador de do se espera,  
Y aqueste se llamó Pablo Collado;  
El Paredes volvió luego á su cargo  
De los Guicas con poder mas largo.

Diego García, con la pesadumbre  
De que gente guerrera no carece,  
Hizo venir á paz y servidumbre  
Al que de mas defensa se guarnece.  
Volviendo su furor en mansedumbre;  
El cual dicho Trujillo permanece  
Con grande multitud de naturales,  
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua  
Con ellos, con tener mayor potencia  
Que en sus principios tuvo Hacarigua.  
Hay poblada también nueva Valencia  
En términos del lago Tacarigua,  
Tierra fértil en hechos y aparenia,  
Y en cuyos rios hay dorados granos  
Que sacan con esclavos los cristianos.



El año de sesenta ya presente,  
Sin que el gobernador se lo permita,  
Un Francisco Fajardo diligente,  
Mestizo de la isla Margarita,  
En los indios caracas metió gente  
Que la guerra difícil facilita:  
Era hijo de generoso padre,  
Y reina de la isla fué su madre.

Doña Isabel la India se decía,  
Señora principal, mujer bastante,  
A quien grande respecto le tenía  
Toda la tierra firme circunstante;  
Y por la madre que con él venía  
Los indios no mostraron mal semblante:  
Fundó su pueblo, dicho San Francisco,  
Para traellos á mejor aprisco.

Conociendo ser cosa conviniente  
Conservar al mestizo ya nombrado,  
Determinó nombrallo por teniente  
Este gobernador Pablo Collado;  
Al cual después por invidiosa gente  
Le quitó su poder y cargo dado,  
Y el que con el poder nuevo venía  
Joan Rodriguez Suarez se decía.

El cual en valentía satisfizo  
A cuanto puede ser en ser humano,  
Mas no sé qué negocios allí hizo  
Por do Collado no le dió mas mano,  
Volviendo sus poderes al mestizo:  
Aguirre vino luego, mal tirano,  
Y tan perverso, que peor ninguno;  
Y esto fué año de sesenta y uno.

Sabiendo Joan Rodriguez su venida,  
Para mostrar sus hechos señalados  
Hizo de los caracas su partida  
Con seis escogidísimos soldados:  
Fin dieron todos ellos á su vida  
Por multitud de indios alterados;  
Mas con venganza tal y de tal arte  
Cuanto vistes en la primera parte.

Los indios victoriosos con la muerte  
Del fuerte capitán por ellos muerto,  
Dieron en el Fajardo de tal suerte  
Que le cumplió desamparar el puerto;  
A Cumaná Fajardo se convierte,  
Donde el alcalde Cobo, mal esperto  
En cosas de justicia, mal la hizo  
Y por términos malos del mestizo.

La madre pareció por su presencia  
A pedir el agravio recibido  
Delante los señores de la udiencia,  
Donde fué su negocio bien reñido:  
Vióse la causa, dióse la sentencia,  
Cada cual defendiendo su partido;  
Mas la India no pleiteó de balde,  
Pues hizo que ahorcasen al alcalde.

En tiempo de la dicha competencia,  
Vino Bernaldez Tuerto, licenciado,  
Por mandado de la real udiencia  
Por ciertas quejas que hubo de Collado:  
Tomóle rigurosa residencia,  
Y en efecto, sin culpas ó culpado  
Collado del collado fué bajando  
Quedándose Bernaldez gobernando.

Por no tener Bernaldez horas vacas  
Ni se mostrar gobernador sencillo,  
Gente hizo volver á los caracas  
Y á Luis de Narvaez por caudillo:  
Las fuerzas que halló no fueron flacas,  
Aunque las tuvo buenas su cuchillo;  
Mas, de sesenta hombres desta gente,  
Vivos salieron cuatro solamente.

Muerto Narvaez con tan grande daño,  
A gobernar aquella tierra vino  
Don Pedro Ponce de Leon, el año  
Ya de sesenta y seis: varon que dino  
Era de gobernar mayor rebaño,  
Y así pasó muy bien aquel camino;  
Luego como llegó puso la frente  
En subyectar aquella brava gente.

Para hacer mejor la tal jornada,  
Puso, por ser persona conocida,  
Los ojos en el Diego de Losada,  
Al cual antes que haga su partida  
La comision que pide le fué dada,  
Y tal que fué su boca la medida,  
Con deseo de ver duros castigos  
En tan desvergonzados enemigos.

Porque después de ser Narvaez muerto,  
En esta crüeldad perseverando  
Mataron otros muchos en el puerto  
De gente que pasaron navegando:  
Usando destas mañas y concierto,  
Que cuando vian ir emparejando  
Navíos por sus playas y ribera,  
Enarbolaban una gran bandera.

En ese mismo punto los fieles,  
Pensando gente ser de buena laya,  
Mandaban echar fuera los bateles  
Y llegaban con ellos á la playa:  
Indios medio ladinos y crüeles  
La gente persuaden á que vaya  
A ver los españoles sus hermanos,  
Cuyos pueblos decian ser cercanos.

Con aquesta mentira bien compuesta  
Engañaban la gente baptizada,  
Haciéndoles allí tan grande fiesta  
Como si fuera paz muy asentada:  
Echaba de sí luego la floresta  
Terrible muchedumbre bien armada,  
Ejecutando mil diversidades  
De martirios con grandes crüeldades.

Con la maña y astucia que refiero  
Y de sinceridad gran apariencia,  
Mataron á Joan Sanchez, caballero,  
Clérigo mal seguro de conciencia,  
El cual fué provisor de nuestro clero,  
Y allí se le tomó la residencia;  
Otros quince mataron juntamente  
Que venian con este delincuente.

Estos mismos cogieron en sus redes  
Con las mismas caricias y halago  
Al buen Diego Garcia de Paredes,  
Aquel de quien atrás memoria hago,  
Viniendo de Castilla con mercedes  
Que trajo del gobierno de Cartago;  
Pues sabida la muerte del tirano  
Le hizo la merced rey soberano.

Tan gran error, en un tan buen soldado,  
A todos nos causó gran maravilla,  
Sabiendo bien Narvaez ser entrado  
Al tiempo qué se fué para Castilla:  
A fin de castigar al rebelado,  
Y ser aquella gente no sencilla;  
Mas él pensó que lo tenía llano,  
Y ser verdad haber pueblo cristiano.

Y fué demasiada la ceguera,  
Pues debiera tener por cosa clara  
Que si cristiana poblacion oviera  
De gente conocida, no faltara  
Quien paseara bien esta frontera;  
Y aun fuérale mejor que la dejara  
E ir donde llevaba la demanda  
Sin ver á Catalina de Miranda.

Al fin él se mostró poco discreto  
En se meter allí sin certidumbre,  
Metiendo muchos otros en aprieto  
De muerte, con inmensa pesadumbre,  
Y con las crüeldades que en efeto  
Estos bestiales tienen de costumbre;  
Y pues él dió ya fin á su jornada,  
Volvamos á decir la de Losada.

Por Terepaima guia su camino,  
No menos industrioso que valiente,  
Adonde deste bárbaro vecino  
Era la mayor fuerza de la gente:  
Embisten con el campo peregrino,  
Mas el Losada fué tan diligente  
Que con pesar de toda la ralea  
El alto de la loma señorea.

Para hacer al indio mas confuso,  
Donde mas pueblos hay allí se queda;  
Fundó ciudad, segun el comun uso,  
En parte rasa, limpia de arboleda,  
Y Santiago de Leon le puso;  
Otro en la mar llamó Caravalleda:  
Son fértiles asientos y elegantes,  
Y cuatro leguas estarán distantes.

Al bárbaro feroz nada le plugo  
De ver la poblacion de los cristianos;  
Mas Losada les hizo que den jugo  
Sacando de sus minas ricos granos;  
Y tienen por mejor sufrir el yugo  
Que venir con los nuestros á las manos:  
Finalmente, la gente castellana  
A aquella tierra toda tiene llana.

Están en el servir muy adelante,  
Y es de su natural aquella gente,  
En sus dispusiciones elegante,  
Gallarda, limpia, suelta, diligente;  
La tierra rica, fértil, abundante,  
Y para la salud muy excelente:  
Están pues los dos pueblos hoy enteros,  
Y serán para siempre duraderos.

La máquina del mundo que se mueve  
Por orden del etéreo movimiento  
Contaba por la cuenta que se debe  
Al cómputo del santo nacimiento  
Ya de sus años los sesenta y nueve,  
De mas y allende del quinceno ciento,  
Cuando se desasó don Pedro Ponce,  
Para vivir con Dios, del mortal gonce.

Pidió luego Losada su gobierno  
A Grajeda que entonces presidia;  
Mas pudo mas en él el amor tierno  
Que mérito de quien se lo pedia:  
Y así lo proveyeron á su yerno,  
Que Francisco de Chaves se decía;  
Después del proveimiento del audiencia  
A Losada le dió cierta dolencia.

Volvió de la Española sin el mando,  
Y de su calentura con recelo,  
Llegó á Burburuata, y en llegando  
Allí murió con harto desconsuelo,  
Perdon de sus pecados demandando  
Al sumo Hacedor de tierra y cielo:  
Hombre guerrero fué, cuyos valores  
Se pueden igualar con los mejores.

Traté mucho con este caballero,  
Y á grandes hechos suyos me vi junto:  
En las elegias del libro primero  
Hice mencion y lo dejé difunto,  
Y fué por estar yo no tan entero  
Que me pensase ver en este punto;  
Y como Dios me dió mas larga vida,  
Quise dar esta cuenta mas cumplida.

Después de aquestos fortunosos juegos,  
Gobernó Chaves, año de setenta;  
El año mismo vino Mazariegos,  
Y gobernó seis años, á mi cuenta:  
Gobiernos claros fueron, y no ciegos,  
Segun su buena fama representa;  
Y entonces ya gustosos deste cebo,  
El Maracaibo se pobló de nuevo.

Un Pacheco, que fué varon notable,  
Fundó ciudad de gente castellana  
En parte bien dispuesta y agradable  
Y al dicho Maracaibo muy cercana;  
Mas esta poblacion no fué durable,  
Aunque siempre duró la buena gana;  
Pero como balló gran resistencia  
Convino del lugar hacer ausencia.

Salió pues del compás de Venezuela,  
Y fué con breve copia de cristianos  
A hablar en el Cabo de la Vela  
Al mariscal Miguel de Castellanos,  
Para con su favor y su tutela  
Volver luego las armas á las manos;  
Mas como la ganancia fallecia,  
No concluyó con él lo que queria.

Volvióse donde estaba Mazariego,  
Ya de su poblacion desconfiado,  
El cual gobernador mediante ruego  
Hizo volver á Pedro Maldonado,  
Que con valor insigne pobló luego  
El pueblo por Pacheco despoblado:  
Por nombre se le dió Nueva Zamora  
Con el cual permanece hasta agora.

El lago corre con sus bergantines,  
Combatiendo con indicas canoas  
Que traían guerreros tan insines  
Que no suelen volver siempre las proas:  
Vista dieron á pueblos que continen  
Están fundados sobre barbacoas,  
Donde se defendieron como diestros  
Y no sin algun daño de los nuestros.

Dejaron aquel bárbaro flechero  
Sin poder subyectar su baluarte,  
Y corrieron el lago por entero  
Descubriendo por una y otra parte,  
Hasta llegar á su desagadero,  
Donde la isla Tova lo reparte  
En dos bocas, la una tal que tiene  
Una legua de ancho por do viene.

La otra hace desta diferencia  
En no tener tan ampliados senos;  
La isla tiene de circunferencia  
Hasta seis leguas, poco mas ó menos;  
Los moradores hacen resistencia  
Defendiendo sus casas como buenos:  
Toda paz amigable se desecha,  
En agua confiando y en la flecha.

Para poder domar aquestas gentes,  
Habian de hacer larga demora;  
Y así por les faltar los adherentes,  
Determinan dejallos por agora,  
Por socorrer á cosas convinientes  
A la perpetuidad de su Zamora,  
Que tal nombre le dieron en entrego  
Porque era de Zamora Mazariego.

En aquesta sazón y coyuntura,  
Siendo setenta y siete de la era,  
Pagando los tributos de natura,  
Dió Mazariego fin á su carrera:  
Fué hombre de grandísima estatura  
Y en virtudes su vida muy entera.  
Don Joan Pimentel vino, y al presente  
Modera las provincias y la gente.

Varon cuyo valor y cuya vida  
Es un dibujo de virtud tan lleno,  
Que nos parece ser regla y medida  
De cuanto tiene título de bueno:  
Santa modestia, nunca divertida  
A nota que denote ser sin freno;  
Y así va ya (su discrecion mediante)  
Esta gobernacion mas adelante.

Los pueblos visitó por su presencia,  
Venciendo de rigor cualquier embargo,  
Tomando de jueces residencia:  
A Maldonado priva de su cargo  
Por pronunciar una crüel sentencia,  
Y ejecutalla muy á paso largo  
En Tejada, soldado lusitano  
A quien mató por caso bien liviano.

Este, privado como delincuente  
De la manera que se representa,  
El don Joan Pimentel, como prudente,  
Por conocer daría buena cuenta,  
A Joan Guillén nombró por su teniente,  
Que hasta hoy aquel pueblo sustenta,  
No sin copia de muertos y heridos,  
Por ser los naturales atrevidos.

Tienen en pelear esfuerzo raro,  
Sin les faltar ardid y buenos brios,  
En el agua que toman por amparo,  
Y en ella cantidad de sus navios,  
Pues como mas arriba me declaro  
Dentro tienen sus casas ó buhios,  
Do hacen á pié quedo buenos lances,  
Y no menos si van en los alcançes.



Porque desta manera dieron cabo,  
Con número de gente bien crecido,  
De Cristóbal de Rivas, que yo alabo  
Por ser soldado diestro y escogido;  
Salió también con harto menoscabo  
El Pedro Maldonado mal herido,  
Queriendo castigar aquel rebato,  
De donde se escapó solo un mulato.

Entre los muchos pueblos de gentiles  
Quel Maracaibo tiene congregados,  
Hay unos á quien llaman los aliles,  
Indios feroces y desvergonzados:  
En ensayos de guerra son sutiles,  
Y en el acometer determinados;  
Estos tenían muy poco respeto  
Al capitán Guillén, y en gran aprieto.

Y así, con otras muchas gentes fieras,  
Viendo la poca gente de Zamora,  
Habían concertádose de veras  
Sobre venir á una misma hora:  
El Joan Guillén velaba sus riberas  
Cercanas á la parte donde mora,  
Con temor grande, por aviso cierto,  
De ver presto contrarios en su puerto.

Al tiempo que Guillén está temiendo  
Tan impetuósísima carrera,  
Los años del Señor iban corriendo  
Por los ochenta y uno de la era;  
Y un Francisco de Cázares, viniendo  
De España por ver bien esta frontera  
Y la gobernacion estar á una,  
Quiso meterse por el alaguna.

Pues como en otra parte se recita,  
Cázares ha poblado por un canto  
El valle que llamamos de la Grita,  
Y á la ciudad del Espíritu Santo;  
Y siendo la distancia bien descrita,  
Son sobre quince leguas otro tanto,  
Y adonde si por Cucuta navega  
A su gobernacion muy presto llega.

Tiene pues, este lago rodeado,  
Distante poblacion por esta via,  
El Cabo de la Vela por un lado,  
El valle de Upar mas al mediodia,  
Ocaña, pueblo mas encaramado,  
Y Mérida, que poco se desvia;  
La Grita y á Trujillo referimos,  
Hasta volver á Coro, do partimos.

También del alaguna está cercana  
La ciudad que llamamos de Pamplona,  
Todos pueblos de gente castellana,  
Do predomina la real corona,  
Y el natural se da de buena gana  
Con sus tributos y por su persona:  
Entró Cázares pues, y con desino  
De dar á su gobernacion camino.

Dos navios metió con gentes raras  
Y número menor que conveniente,  
Y en las bocas topó con los toparas,  
Nacion feroz y gente de posible,  
Que en canoas y número de jaras  
Arrojan siempre cantidad terrible;  
Mas pasó con su gente vencedora  
Hasta llegar al puerto de Zamora.

Regocijaronse por maravilla,  
Teniendo por grandísima ventura  
Llegar allí navios de Castilla  
En tal necesidad y coyuntura;  
Y así los recibieron en la villa  
No con pocos aplausos de holgura:  
Reposaron la noche, y otro dia  
El Joan Guillén habló por esta via:

«Señor gobernador, haber venido  
Vuestra merced al pueblo de Zamora,  
Téngolo por milagro conocido,  
Y quíerole llamar dichosa hora:  
De mal á bien será restituído,  
Y causa sereis vos de su mejor,  
Librándolo del mal inconveniente  
Que lo mal amenaza de presente.

» Porque no solamente se barrunta,  
Mas amigos avisan por muy cierto,  
Como los indios todos hacen junta  
Contra los que tenemos este puerto;  
Vida dareis á la ciudad difunta,  
Y resucitareis un pueblo muerto,  
Si vos me socorriédes con gente  
Para dar en la junta de repente.

» Por poder castigar el maleficio  
Y atrevimiento desta gente perra,  
Que solamente tienen por oficio  
El uso y ejercicio de la guerra;  
A Dios y al rey hareis grande servicio  
Y perpetuareis aquesta tierra:  
Un solo barco quiero de los vuestros  
Y dos docenas de soldados diestros.

» Con el aviamiento del vecino  
Iré de buenas esperanzas lleno,  
Y confiado del favor divino  
Que tengo de hacer un lance bueno,  
Con dalles un asalto repentino  
Para terror comun deste terreno:  
Vuestra merced, señor, aquí se quede,  
Y aqueste bien me haga, pues que puede.»

Cázares respondió con buen semblante  
A la demanda deste caballero,  
Diciendo: «Para cosa semejante,  
Lo que quereis, señor, es lo que quiero;  
Pero creed que tengo de ir delante  
Y en los peligros he de ser primero:  
Vea vuestra merced lo que mas resta,  
Porque mi gente yo la tenga presta.»

Tomó dos bergantines al momento,  
Y de buenos soldados hasta treinta,  
Personas todos ellos de momento,  
Y de quien él hacia mucha cuenta:  
Joan Lopez Orejon, que es su sarjento,  
Por capitán del uno se presenta;  
En el otro va él con buen pretrecho  
Y cuanto brio pide fuerte pecho.

Por Joan Guillén, con no menos aceros,  
La lista de los suyos se comienza;  
Mas por ser poca copia de guerreros  
No podia tejerse larga trenza,  
Pues solos lleva quince compañeros,  
Soldados de valor y de verguenza,  
En otro bergantín; y hacen via  
Cuando la noche ya los encubria.

De los aliles llevan la demanda,  
Que son los que ponían el espanto:  
No curan de llevar la boga blanda  
Entre tanto que dura negro manto,  
Buscando cierto rio que a la banda  
De Santa Marta nace, por do tanto  
Habian de correr hasta ponerse  
Donde los indios han de recogerse.

Después que ya hallaron el entrada,  
Caminan por el orden que se debe,  
Por agua tan quieta y sosegada  
Que parece que cuasi no se mueve:  
Compónese muy bien la pavesada;  
Fumoso tiro manda que se cebe:  
Corren pues adelante por la ria  
Hasta que ya pasó de medio dia.

A todos pareció generalmente  
Dar en ellos al cuarto matutino;  
Mas el gobernador no lo consiente,  
Pareciéndole grande desatino,  
A causa de poder aquella gente  
Ser avisada por algun camino;  
Y así sin esperar razon ni ruego  
El solo quiso dar en ellos luego.

Los otros barcos van con él á una  
En su parecer, viéndolo precito,  
Y así fiándose de su fortuna,  
Yendo dispuestos todos al confflito,  
Dieron en un compás como laguna  
De tres leguas ó mas de circuíto,  
Dentro de la cual vieron en entrando  
Gran número de casas blanqueando.

Compuestas sobre fuertes talanqueras,  
Que hacen mas difícil su conquista;  
Las paredes guarnidas con esteras,  
Que causaban de lejos bella vista;  
Y no tan sin defensa las fronteras,  
Que gran fuerza de gente no resistia;  
Y antes del dicho pueblo grande trecho  
Los rodea palenque muy bien hecho.

Porque para hacer casa redonda  
Y de madera gruesa cualquier trama,  
Desde sus barcas en el agua fonda,  
Agudo tronco limpio de su rama  
Muchas vueltas le dan á la redonda,  
Hasta que ya lo fijan en la lama,  
Con la profundidad que se desea,  
Y aun es aquella lama como brea.

Demás de aquesta pegajosa greda,  
Hay fuera lagunazos de bitume,  
Do quien entra yo fio que no pueda  
Sacar presto su pié si se le sume,  
Pues cualquier animal allí se queda  
Hasta que ya por tiempo se consume;  
Finalmente, fieles é infieles  
Suelen brear con ello sus bateles.

Yendo Cázares pues desta manera,  
Las armas y los tiros muy á pique,  
Vieron enarbolar una bandera  
Encima de la casa del cacique;  
Y para que saliesen todos fuera,  
De cuernos y fututos hay repique;  
Los nuestros junto de la palizada  
Por todas partes buscan el entrada.

El bárbaro feroz anda lijero,  
Y los tres bergantines divertidos,  
Buscando cada cual un entradero  
De palos apartados ó rompídos;  
El Cázares al fin entró primero  
Por unos troncos que halló podrídos:  
Mandó llamar el resto del armada  
Y todos entran en el estacada.

Decían indios ya medio ladinos:  
«Gran contento me dan estos cristianos,  
Pues que sin que trabajemos en caminos,  
Ellos mismos se vienen á las manos.  
Piensan los miserables peregrinos  
Que tienen de volver salvos y sanos:  
Espera pues un poco, gente pobre,  
Y vereis si batimos bien el cobre.»

A este tiempo por el alaguna  
Venía de canoas muchedumbre,  
En orden puestas como media luna,  
Regidas con muy poca pesadumbre;  
Grita por todas partes importuna,  
Segun los indios tienen de costumbre:  
A ellos se va Cázares llegando,  
A todos los soldados animando.

Diciendo: «No temais el estampida  
Ni el impetu presente que se mueve,  
Que presto los pornemos en huida,  
Como cada cual haga lo que debe;  
Y muy á poco riesgo de la vida  
Hareis que lo peor el indio lleve.»  
Y así con tiro de sulfúreo fuego,  
La proa de su barco toma luego.

Los de su bergantín bogan avante  
Por llegar al lugar que se pretende:  
Inmensidad de flechas por delante  
Efecto del propósito defiende;  
Mas bala de arcabuz pasa volante,  
Lleva lo que la vista comprehende,  
Aunque al soltar el arcabuceria  
El bárbaro con agua se cubria.

Y el que se zabullió sin ser herido,  
Pudieras sobre el agua vello presto,  
Con arco y flecha bien apercebido  
Y en su canoa luego muy enbiesto;  
Mas pecho que de bala fué rompido  
Nunca se via mas mostrar el gesto,  
Dándole por entonces sepultura  
El centro de las aguas y fondura.

Los nuestros no creían hacer mella,  
Segun la muchedumbre de las barcas;  
Pero los indios no se ven sin ella,  
Traspasados los pechos y las arcas,  
Y aquí y allí patente la querella,  
Viendo las aguas rojas y no zarcas;  
Y todavia la naval batalla  
Hace bien sus efectos do se halla.

Y así canoas hay que proas viran  
Con grandísimo daño de su gente,  
Queriendo por los muchos que suspiran  
Del espalda robusta hacer frente;  
Finalmente los indios se retiran  
Sin quedar dellos ánima viviente,  
Metiéndose por bocas y canales  
Entre crecidos juncos y eneales.

El Cazares seguía la canalla,  
Y todos los demas con fuerte brio,  
Por no les suceder en la batalla  
Herida, sinsabor ó desavio;  
Entraron en el pueblo que se halla  
De grandes y de chicos ya vacío:  
Todas las casas dél van abrasando,  
La casa del cacique reservando.

Pasan allí la noche, y otro dia  
Amigos indios van por agua y tierra,  
Llamando la huida compañía  
Y convidándola con paz ó guerra,  
Quel sol por termino se les daría,  
Desde que sale hasta que se cierra:  
No vienen, y cumplidos estos trechos  
A la isla de Tova van derechos.

Donde dieron de noche con obscuro,  
Privando de la vida por sus manos  
Al señor de la isla, varon duro,  
Consumidor de vidas de cristianos,  
Dándole en prision guerrero juro  
A sus hijos, mujer y á sus hermanos;  
Y hechos estos lances venturosos,  
A Zamora volvieron victoriosos.

Donde de los vecinos hecha junta,  
A Cázares le dan mil bendiciones,  
El cual á todos ellos les pregunta  
Si quieren allanar mas trompezones:  
Responden que ninguno se barrunta  
Que manifieste malas intenciones,  
Porque los castigados y subyetos  
Traian á los otros inquietos.

Hechas pues estas sanguinosas treguas  
No menos que por punta de cuchillo,  
Cázares con caballos y con yeguas  
Luego se fué la vuelta de Trujillo,  
Distante de Zamora treinta leguas,  
Do todos procuraron de servillo;  
Luego con el consorcio fraterno  
Se paró donde tiene su gobierno.

Ansímismo mi musa por agora,  
De los pasados gastos poco franca,  
Se pasa muy de paso por Carora,  
Poblada ya por Joan de Salamanca,  
Y varon digno de lira mas sonora,  
Y no para tocalla mano manca;  
Pues subyectó los fuertes giraharas,  
Gente feroz, robusta, de dos caras.

Y con aquesto tengo concluído  
Todo lo sustancial de Venezuela,  
En cuya narracion he consumido  
Noches en cantidad y alguna vela:  
En todos los discursos muy asido  
A la verdad, sin mezcla de novela,  
Como dirán amigos y enemigos,  
Pues hay vivos aun muchos testigos.

Que no me culparán porque yo abone  
Lo que merece que todos abonen,  
Y que estilo grandilocco pregone  
Grandezas dignas de que se pregonen;  
A los difuntos ya Dios los perdone,  
Y á los vivos suplico me perdonen  
Si por pasármeme de la memoria  
No hace mencion dellos el historia.